



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 29

16.05.2021

DOMINGO DE LA 7ª SEMANA DE PASCUA

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	De los Hechos de los Apóstoles (Hch 1, 1-11).
Salmo Responsorial	Salmo 46 (Sal 46, 2-3. 6-7. 8-9).
2ª Lectura	De la carta del Apóstol San Pablo a los Efesios (Ef 1, 17-23).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MARCOS (Mc 16, 15-20):

En aquel tiempo, se apareció Jesús a los once y les dijo:

«Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación. **El que crea y sea bautizado se salvará; el que no crea será condenado.** A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas, cogerán serpientes en sus manos y, si beben un veneno mortal, no les hará daño. Impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos».

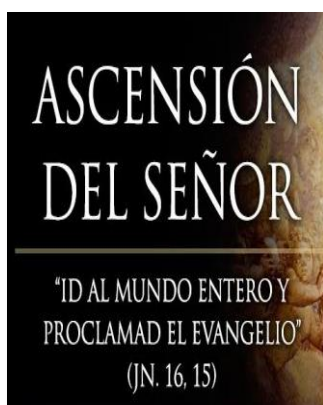
Después de hablarles, **el Señor Jesús fue llevado al cielo y se sentó a la derecha de Dios.**

Ellos se fueron a predicar el Evangelio por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando la palabra con las señales que los acompañaban.

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:

ID AL MUNDO ENTERO Y PROCLAMAD EL EVANGELIO A TODA LA CREACIÓN.



La muerte, resurrección y ascensión de Jesús, llena de esperanza y sentido la vida humana, y nos muestra el camino de la VIDA PLENA y nuestra meta: EL CIELO.

La confianza en el Espíritu Santo nos debe impulsar al valiente testimonio de la fe; pero existe también el riesgo de la no acogida del encuentro vital con Cristo. Ya san Agustín planteaba este problema: «Nosotros hablamos —decía—, echamos la semilla, esparcimos la semilla. Hay quienes desprecian, quienes reprochan, quienes ridiculizan. Si tememos a estos, ya no tenemos nada que sembrar y el día de la siega nos quedaremos sin cosecha.»

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración: 16 – (1/2)

Miércoles, 25 de noviembre de 2020.

Los primeros pasos de la Iglesia en el mundo estuvieron marcados por la oración.

Los escritos apostólicos y la gran narración de los *Hechos de los Apóstoles* nos devuelven la imagen de una Iglesia en camino, una Iglesia trabajadora, pero que encuentra en las reuniones de oración la base y el impulso para la acción misionera. La imagen de la comunidad primitiva de Jerusalén es punto de referencia para cualquier otra experiencia cristiana.

Escribe Lucas en el Libro de los Hechos: **«Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones».**

Encontramos aquí **cuatro características esenciales de la vida eclesial**: primero, la escucha de la enseñanza de los apóstoles; segundo, la custodia de la comunión recíproca; tercero, la fracción del pan y, cuarto, la oración. **La existencia de la Iglesia tiene sentido si permanece firmemente unida a Cristo en la comunidad, en su Palabra, en la Eucaristía y en la oración.** La predicación y la catequesis testimonian las palabras y los gestos del Maestro; la comunión fraterna nos preserva de egoísmos y particularismos; la fracción del pan realiza el sacramento de la presencia de Jesús en medio de nosotros; la oración es el espacio del diálogo con el Padre, mediante Cristo en el Espíritu Santo.

Todo lo que en la Iglesia crece fuera de estas «coordenadas», no tiene fundamento. Para discernir una situación tenemos que preguntarnos cómo, en esta situación, están estas cuatro coordenadas. Cualquier situación debe ser valorada a la luz de ellas. Lo que no entra en estas coordenadas no es eclesial. **Es Dios quien hace la Iglesia**, no el clamor de las obras. **La Iglesia es obra del Espíritu Santo**, que Jesús nos ha enviado para reunirnos. La Iglesia es precisamente el trabajo del Espíritu en la comunidad cristiana, en la vida comunitaria, en la Eucaristía y en la oración. Siempre.



A veces, siento una gran tristeza cuando veo alguna comunidad que, con buena voluntad, se equivoca de camino porque piensa que hace Iglesia en mítines, como si fuera un partido político: la mayoría, la minoría, qué piensa este, ese, el otro... Yo me pregunto: ¿dónde está el Espíritu Santo, ahí? ¿Dónde está la oración? ¿Dónde el amor comunitario? ¿Dónde la Eucaristía? **«Esto es como un Sínodo, un camino sinodal que nosotros debemos hacer».** Sin estos cuatro referentes, la Iglesia se convierte en una sociedad humana, los cambios se hacen como si fuera una empresa, por mayoría o minoría... Pero no está el Espíritu Santo. Y la presencia del Espíritu Santo está precisamente garantizada por estas cuatro coordenadas.

Para valorar una situación, si es eclesial o no es eclesial, preguntémonos cómo se desarrolla en ella la vida comunitaria, la predicación, la Eucaristía, la oración... Si falta esto, falta el Espíritu, y si falta el Espíritu nosotros seremos una bonita asociación humanitaria, de beneficencia; bien; o un partido, digamos así, eclesial, pero no está la Iglesia. Porque la Iglesia no puede crecer por proselitismo, como cualquier empresa; crece por atracción. ¿Y quién mueve la atracción? El Espíritu Santo.

No olvidemos nunca estas palabras de Benedicto XVI: **«La Iglesia no crece por proselitismo, crece por atracción».** Si falta el Espíritu Santo, que es lo que atrae a Jesús, ahí no está la Iglesia. Hay un bonito club de amigos, bien, con buenas intenciones; pero no está la Iglesia. No hay «Sinodalidad».

4. Padre en la acogida

*José acogió a María sin poner condiciones previas.
Confió en las palabras del ángel.*

La nobleza de su corazón le hace supeditar a la caridad lo aprendido por ley; y hoy, en este mundo donde la violencia psicológica, verbal y física sobre la mujer es patente, José se presenta como figura de varón respetuoso, delicado que, aun no teniendo toda la información, se decide por la fama, dignidad y vida de María. Y, en su duda de cómo hacer lo mejor, Dios lo ayudó a decidir iluminando su juicio.



Muchas veces ocurren hechos en nuestra vida cuyo significado no entendemos. Nuestra primera reacción es a menudo de decepción y rebelión. José deja de lado sus razonamientos para dar paso a lo que acontece y, por más misterioso que le parezca, lo acoge, asume la responsabilidad y se reconcilia con su propia historia. La vida espiritual de José no nos muestra una vía que *explica*, sino una vía que *acoge*. Sólo a partir de esta acogida, de esta reconciliación, podemos también intuir una historia más grande, un significado más profundo.

José no es un hombre que se resigna pasivamente. Es un protagonista valiente y fuerte. La acogida es un modo por el que se manifiesta en nuestra vida el don de la fortaleza que nos viene del Espíritu Santo. Sólo el Señor puede darnos la fuerza para acoger la vida tal como es, para hacer sitio incluso a esa parte contradictoria, inesperada y decepcionante de la existencia. La venida de Jesús en medio de nosotros es un regalo del Padre, para que cada uno pueda reconciliarse con la carne de su propia historia, aunque no la comprenda del todo.

Como Dios dijo a nuestro santo: «*José, hijo de David, no temas*» (Mt 1, 20), parece repetirnos también a nosotros: «*¡No tengáis miedo!*» La vida de cada uno de nosotros puede comenzar de nuevo milagrosamente, si encontramos la valentía para vivirla según lo que nos dice el Evangelio. Y no importa si ahora todo parece haber tomado un rumbo equivocado y si algunas cuestiones son irreversibles. Dios puede hacer que las flores broten entre las rocas.

El realismo cristiano no rechaza nada de lo que existe. La realidad, en su misteriosa irreductibilidad y complejidad, es portadora de un sentido de la existencia con sus luces y sombras. Esto hace que el apóstol Pablo afirme: «*Sabemos que todo contribuye al bien de quienes aman a Dios*» (Rm 8,28). Y san Agustín añade: «*Aun lo que llamamos mal*». En esta perspectiva general, la fe da sentido a cada acontecimiento feliz o triste.

Por lo tanto, lejos de nosotros el pensar que creer significa encontrar soluciones fáciles que consuelen. La fe que Cristo nos enseñó es, en cambio, la que vemos en san José, que no buscó atajos, sino que afrontó «*con los ojos abiertos*» lo que le acontecía, asumiendo la responsabilidad en primera persona.

La acogida de José nos invita a acoger a los demás, sin exclusiones, tal como son, con preferencia por los débiles, porque Dios elige lo que es débil, es «*padre de los huérfanos y defensor de las viudas*» (Sal 68,6) y nos ordena amar al extranjero. Deseo imaginar que Jesús tomó de las actitudes de José el ejemplo para la parábola del hijo pródigo y el padre misericordioso.

Continúa, D.m. la próxima semana...



LA LOCURA DE LA CRUZ (2)

A LA LUZ DE LA PASCUA:

Los apóstoles sufrieron un duro golpe en los sufrimientos y en la muerte de Jesús. Pedro le negó, los otros huyeron, todos fueron «escandalizados por su causa». La misma tarde de Pascua dos discípulos confesaron a un extranjero lo desconcertados que estaban por lo que había acaecido a Jesús de Nazaret... Nosotros esperábamos que sería él... Fue entonces, camino de Emaús, cuando Jesús explicó por qué «era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria.» Sólo después de haber conocido la Resurrección, los Apóstoles comprendieron la muerte del Señor.

También para nosotros el mensaje cristiano sobre el mal y sobre la muerte es un mensaje pascual. Este mensaje no anula el Viernes Santo y no hace que el sufrimiento y la muerte desaparezcan. Pero para el cristiano, la Resurrección es una certidumbre; es a la luz de Pascua cuando se comprende el sentido de lo que nos sucede y de lo que sucedió a Jesús.

Toda reflexión cristiana sobre el sufrimiento de los hombres, comienza y termina por la lectura del Evangelio de la Pasión. El Evangelio fue escrito por hombres que creían en la resurrección del Crucificado, que le habían visto y habían comido con él después de su resurrección. Comprendieron entonces por qué Jesús había muerto.

¿POR QUÉ MURIÓ? LE QUITARON LA VIDA:

Jesús no murió de accidente; no fue sorprendido por la muerte. Tres veces anunció su pasión a sus discípulos, sin conseguir —por supuesto— que le entendieran.

Tomó otra vez a los Doce y se puso a decirles lo que le iba a suceder: «Mirad que subimos a



Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas; le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, y se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, y a los tres días resucitará.» (Mc 10,32-34)

Jesús no se suicidó. No murió de vejez ni de accidente. Jesús no fue asesinado, sino llevado ante los tribunales, condenado a muerte y crucificado. Algunos hombres quisieron su muerte; otros la decidieron; otros la ejecutaron, otros la permitieron o facilitaron. Sólo los hombres son los responsables de la muerte de Jesús.

Entonces los sumos sacerdotes y los fariseos convocaron consejo y decían: «¿Qué hacemos? Porque este hombre realiza muchas señales. Si le dejamos que siga así, todos creerán en él; vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación.» Pero uno de ellos, llamado Caifás, que era el Sumo Sacerdote de aquel año, les dijo: «Vosotros no sabéis nada, ni caéis en la cuenta de que es mejor que muera uno solo por el pueblo y no que perezca toda la nación.» Esto no lo dijo por su propia cuenta, sino que, como era Sumo Sacerdote, profetizó que Jesús iba a morir por la nación y no solo por la nación, sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. (Jn 11,47-52)

La muerte de Jesús fue provocada por el pecado. El pecado consiste en negar a Dios, y, si fuera posible, eliminarlo. «Dios ha muerto, grita Nietzsche. ¡Nosotros lo hemos matado!»